

# ASPLUND+LEWERENTZ



Se ha celebrado recientemente en Madrid, en la sala de exposiciones del MOPU, una importante muestra de la obra de los arquitectos suecos Gunnar Asplund y Sigurd Lewerentz.

El material expuesto, compuesto de dibujos originales, fotografías, objetos y maquetas, pertenece al Arkitekturmuseet de Estocolmo. Con motivo de la exposición se han editado dos catálogos en los que se recoge, separadamente, la obra de ambos arquitectos, acompañados de interpretaciones diversas.

Si la obra de Asplund es, en gran parte, conocida en nuestro país debido a la recuperación que de su figura se viene realizando internacionalmente en los últimos tiempos, la de Lewerentz es, sin embargo, prácticamente desconocida entre nosotros.

El reunir en una sola exposición la arquitectura de tan extraordinarios autores sirve, entre otras cosas, para mostrar conexiones y diferencias y, de este modo, hacer evidente su propia coherencia. Al margen de la calidad de los magníficos dibujos expuestos, de la impresionante precisión de las propuestas ofrecidas, resulta patente como es concordante el esfuerzo con el resultado. La aparente naturalidad de sus

arquitecturas se apoya en un trabajo riguroso que no permite la improvisación. De ahí la evolución lenta y la asimilación profunda de las tendencias contemporáneas, hasta formar lenguajes coherentes en su estructura y convincentes en su expresión formal. Resulta ejemplar al respecto la incorporación de Lewerentz al racionalismo europeo a partir del original romanticismo nórdico.

De la arquitectura de Asplund se ha formulado últimamente todo tipo de elogios. merecidos sin duda alguna, resaltan en cualquier caso algunos aspectos de su obra que hoy más pueden añorarse, tanto por la creciente alienación de la práctica profesional normal, como por la dificultad de recuperación radical planteada por lo que podríamos llamar el «obstáculo racionalista» y sus sucedáneos. El contacto con las texturas sustituido por el catálogo de elementos elaborados, la experiencia espacial sustituida por sus representaciones, sitúan al arquitecto frente a una realidad simulada, pero escasamente asumida. En estas condiciones resulta difícilmente asimilable, más allá del puro ejercicio de travestismo, el mensaje de Asplund.

De Lewerentz, refiriéndose al método de trabajo, nos dice Ahlin en el catálogo de la

exposición: «Los bocetos y edificios de Lewerentz demuestran que el trabajo del arquitecto es un acto de voluntad. Muestran cómo las circunstancias enrevesadas y las condiciones contradictorias fuerzan a que se produzca, si no siempre claridad, sí, al menos, una consistencia final.»

«En los edificios se depositan las huellas de su formación, huellas que relatan la lucha que a veces se ha de desarrollar antes de que algo pueda considerarse terminado. Esto se ve con mayor claridad en la última producción de Lewerentz. Su estilo se va transformando con el tiempo, pero no es este cambio de estilo lo importante cuando se contempla lo que ha realizado. Aunque existan temas que se repitan, sus edificios son difíciles de imitar, imposibles de reproducir en cualquier otro lugar. Lewerentz nunca tendrá sucesores en sentido propio. Su método de trabajo apenas lo permitía, mientras que las construcciones de Alvar Aalto, Frank Lloyd Wright o de Mies van der Rohe han sido imitadas por adoradores a veces con talento, a veces sin él.»

«Sigurd Lewerentz no mostró ningún deseo, como otros arquitectos radicales, de cambiar exaltadamente las cosas en el orden natural del mundo. En ese sentido, no era nada radical. El radicalismo lo encontramos, en cambio, en las muchas maneras sorprendentes de solucionar el propio trabajo de construcción.»

«El método de trabajo no permitía una gran oficina; un par de hombres y una secretaria eran normalmente los únicos empleados. Lewerentz quería tener el control sobre el trabajo, y la tarea de los empleados consistía en pasar a limpio, construir modelos y, a veces, realizar controles a pie de obra. Las decisiones las tomaba él solo y las presentaba como órdenes a las mesas de dibujo sin explicaciones. Las explicaciones que alguna vez dio se referían a problemas técnicos y prácticos. Los puntos de vista estéticos o las ideas no las comunicaba prácticamente nunca. Estas se formulaban en silencio, mediante enérgicas rayas de lápiz sobre el papel y reflexionando sobre el tratamiento especial de los materiales y su utilización.»

«Lo estético, sin embargo, no le era ajeno. Algo que le fascinó a lo largo de toda la vida fue la sección áurea. Entre los familiares más próximos, podía escribir apasionadamente sus cualidades, y de buen grado empleaba el principio al dar proporciones a sus propios edificios, sobre todo, en la forma racional que conocemos por serie numérica de Fibonacci.»

«Otra cuestión era la simetría, o más bien las formas que tomaban las desviaciones de

ésta. La actitud era a veces inestable. Los bocetos muestra cómo mediante pequeñas desviaciones, desplazamientos y deformaciones pone en movimiento lo simétrico. Permite desviaciones de la línea marcada por la gramática de las formas. En ocasiones modifica los planos que se apoyan en el círculo y el cuadrado de modo que se produzcan tensiones en espacios cerrados.»

«Un tercer punto de partida, informal y de otro carácter, pero, tal vez, el más importante, eran los estudios directos de la naturaleza. Fueron muchas las excursiones al archipiélago de Estocolmo, donde estudió la región en torno al Uto detalladamente. El musgo y las piedras, las plantas acuáticas y el movimiento de las olas podían captar su atención durante horas, para repetirse en la elección de colores y dibujos en edificios y objetos de uso. Aquí encontraba también el regalo de las tantas veces dura vida cotidiana y más de una vez ocurrió que los intensos estudios le ocuparon durante tanto tiempo que llegó a olvidarse de sus relaciones con la familia que tenía que esperar ante una cena cada vez más fría en la casa de verano de la isla.»

«Parece como si su intensa vida interior exigiese un estímulo constante y que la inactividad le hiciese impaciente. También se encontraba más a gusto cuando podía trabajar con algún problema concreto dado. En este terreno se encontraba seguro, mientras que la vida social lo hacía inseguro y, por tanto, impaciente. Allí no había nada que ganar. Por el contrario, la obligación de asistir le robaba valiosas horas de trabajo y, por ello, permanecía casi siempre callado y hosco.»

«Los momentos valiosos para Lewerentz eran las tareas de las tardes y noches en solitario. Entonces no había nadie a su alrededor que le molestase, el teléfono permanecía callado y nadie le contemplaba mientras trabajaba. Entonces no se tenía que sentir incómodo por si alguien, por casualidad, descubriese lo difícil y trabajoso que resultaba realizar un plano y lo dominante que era la ciega oscuridad antes de conseguir ver claro. Era como si hubiese que contemplar una cuestión hasta su abismático fondo cada vez, para allí, resurgir en una apariencia nueva y más penetrante, como si supiese que si buscaba lo suficiente en la oscuridad, con el tiempo ésto le llevaría de vuelta.»

«Frecuentemente los trabajos llevaban un tiempo exorbitante; sólo el comenzar le costaba ya mucho. En consecuencia, muchas veces surgían fácilmente tensiones entre él y el constructor. Hasta podía llegarse al punto de que le retirasen encargos o que tuviese que dejarlos inacabados. A la zaga seguían

los desacuerdos en cuanto a sus honorarios.»

«Lewerentz no sólo se exigía mucho a sí mismo, sino también al constructor y a los empleados. Realizó una enorme cantidad de dibujos que remitía a las mesas con orden de pasar a limpio con lápiz duro y afilado. Eran los esfuerzos del pensamiento de la noche los que había que comprobar. Luego fijaba los dibujos con alfileres en la pared para evaluarlos. Entre ellos se podían observar sólo pequeñas variaciones, solamente importantes para él. Para un extraño esto significaría indecisión. El mismo, sin embargo, hacía frente a la elección, y aquí se diferencia de otros muchos colegas para los que el momento de la elección podía ser precisamente el momento de pedir ayuda de fuera. Para Lewerentz se trataba de escucharse a sí mismo y, cuando por fin se decía, esta decisión era válida como una verdad sin compromiso.»

«Podía estar sentado durante largo tiempo contemplando un clavo normal y corriente y preguntarse para qué iba a ser utilizado dicho clavo. No por ignorancia, sino por el convencimiento de que esta simple imagen y de esa pregunta podía surgir una sorprendente respuesta, con tal de dar tiempo al tiempo.

«Para sus colegas resultó, sobre todo en sus últimos años, torpe y desconocedor de las prácticas predominantes en su tiempo. pero la verdad parecía ser que las convenciones habían sido hace mucho tiempo ya superadas. Cuando no le habían dado un resultado deseado las había rechazado para dar entrada a otras nuevas, y mejores puntos de vista. Y es precisamente en estos casos cuando se es más susceptible de ataques, cuando lo nuevo surge envuelto por su hábil luz y un estado silencioso, cuando las tropas de apoyo de la posracionalidad tan llenas de palabras aún no han sido movilizadas para proteger aquello recién conseguido.»

Lewerentz prefirió callar antes que hablar, y así se creó una misteriosa oscuridad alrededor de su persona.»



M. A. B.